

cupiscencia en sí misma no es un pecado á los ojos del Señor, á menos que ceda á sus impulsos con el consentimiento de su voluntad. Por lo que hace á estos males físicos, tan multiplicados y dolorosos, que suelen perseguir al hombre desde la cuna hasta el sepulcro, que envuelven su existencia y que casi siempre abrevian su carrera con una muerte de angustias y de sufrimientos horribles, no ignorais que de ordinario son el resultado de culpables y deshonorosos excesos ó el funesto patrimonio de una generacion pervertida y corrompida. ¡ Ah! Si el hombre levanta de vez en cuando al cielo su corazón y su inteligencia, si es sóbrio y casto y ajusta sus deseos á las reglas de la verdadera prudencia, sin duda hallará en la vida bastantes goces puros y bastante ventura para considerarla como un beneficio y para dar gracias por ella al Criador.

Voy á concluir con una reflexion que acaso os parezca una paradoja, á saber, que todas estas aflicciones y miserias que suponeis tan tremendas pueden ser un manantial fecundo de bienes reales; porque los combates de la concupiscencia y la tristeza de las enfermedades, de los dolores y de la muerte suministran al hombre las mas preciosas coyunturas para probar á Dios su fidelidad, y para expiar las faltas de que ha tenido la desgracia de hacerse culpable. La misericordiosa bondad del Señor no ha querido dejarnos sumergidos debajo del anatema de la prevaricacion, pues se ha dignado concedernos una mediacion poderosa que nos hace recobrar el destino sobrenatural, con los dones celestiales para realizarle; y auxiliados desde entonces por la gracia de la redencion podemos hallar en los impulsos de la concupiscencia una humillacion saludable, en los dolores y en las miserias de la vida una expiacion ó un desengaño útil, y en la muerte un grande acto de sumision á la voluntad suprema de nuestro Criador.

Antes de tratar de esta redencion que ha reconciliado la tierra con el cielo, quiero hablaros de la adorable Trinidad, como complemento de nuestra conferencia sobre la naturaleza de Dios, como tambien para daros á conocer el *Verbo* divino que se hizo hombre para rescatarnos y salvarnos.

CONFERENCIA III.

LA TRINIDAD.

EL DR. No sé de qué modo vais á considerar el misterio de la Trinidad. En otro tiempo me lo explicaron en términos á mi parecer oscuros y no muy convincentes; pero dudo que vuestra explicacion surta mejor efecto.

EL TEÓL. Nuestra manera de examinar esta cuestion será sencilla, lúcida y satisfactoria: al menos así lo espero, con tal que no tomeis préviamente el partido de negar ó desestimar ciertas razones ó autoridades de que podeis haceros cargo con mas acierto que en la época á que aludís. Comencemos por formarnos una idea clara de este dogma cristiano. Así los filósofos como los teólogos admiten en Dios la unidad de naturaleza; pero nosotros añadimos que esta naturaleza divina es comun á tres personas, que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y creemos con san Atanasio « que hay un solo Dios en « una trinidad de personas, y que hay esta trinidad en la unidad de « naturaleza, sin confundir las personas ni dividir la naturaleza. » (*Simb.*). De manera es que la palabra trinidad significa la unidad de las tres personas divinas en cuanto á la naturaleza y su distincion real en cuanto á la personalidad, ó bien un solo Dios en tres personas realmente distintas, con la misma naturaleza divina en todas tres.

EL DR. ¿ Qué entendeis por la palabra *personas*? ¿ Confundís acaso las personas con los atributos divinos, como la bondad, el poder, etc. ?

EL TEÓL. No: hay una diferencia; porque los atributos que citais no son realmente distintos entre sí, al paso que entre las personas divinas hay una verdadera distincion. Una hipóstasis ó persona, en concepto de los filósofos y de los teólogos, es una sustancia inteligente, completa, que posee la individualidad, de suerte que las acciones le pertenecen y deben por consiguiente atribuírsele. Luego veremos si esta idea se aplica en todo rigor á las personas de la santísima Trinidad.

EL DR. Yo admito sin dificultad las tres personas en Dios como tres atributos semejantes al poder, á la sabiduría y á la bondad; pero la idea que me dais de una persona me obliga á reconocer en Dios

tres personas separadas y distintas, como tres hombres, lo que destruye enteramente la unidad de Dios.

EL TEÓL. Contrayendo á la significacion de atributo la de persona, como decís, no hay trinidad posible, por cuanto estos atributos no tienen entre sí una distincion real. Podeis y debeis decir: el justo es el omnipotente, el omnipotente es el eterno, y tambien con san Agustin: «El poder de Dios no se distingue de la prudencia, ni la fuerza de la justicia y de la pureza¹,» al paso que la fe católica rechaza las proposiciones siguientes: el Padre es el Hijo, el Padre y el Hijo son el Espíritu Santo. Asimismo debeis decir: Solo hay un justo, un omnipotente, una omnipotencia y una justicia; y en el dogma cristiano se debe creer que en Dios hay muchas personas, de manera que no podemos asimilarlas á los atributos absolutos de la naturaleza divina. San Agustin habla de estos atributos en los términos siguientes: «Fuerte, justo, sabio, indican la sustancia..., mas en cuanto á la Trinidad, decimos una esencia y tres personas; el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo, y por consiguiente son tres².» Vuestro segundo error consiste en comparar la Trinidad con tres hombres que poseen sustancias distintas, siendo así que en la Trinidad no hay mas que una sustancia comun á las tres personas divinas. «Nosotros no hacemos division de naturaleza,» dice el simbolo de san Atanasio. Así no alteramos la unidad de Dios, porque nuestra doctrina la contiene y la expresa de una manera positiva y explícita.

EL DR. Considerando las personas como atributos absolutos de la naturaleza divina, podrémos decir sin absurdo: La omnipotencia, la sabiduría y la bondad, que en el fondo son uno, no hacen mas que uno; pero vos suponéis que las tres personas distintas no son mas que uno.

EL TEÓL. Con una sola palabra bastará para desvanecer esta dificultad. Debeis decir verdaderamente que en Dios la omnipotencia, la sabiduría y la bondad no son mas que uno, pero no podeis indicar que incurrimos en una contradiccion al asegurar que las tres personas distintas no son mas que uno. Si dijéramos que este uno debe aplicarse á una sola persona, tendríais mucha razon en calificar de absurdo nuestro asento, pero nuestra doctrina es muy diferente; porque los Católicos no han dicho jamás que las tres personas sean una sola persona, sino que las tres personas divinas tienen una naturaleza comun, y constituyen por consiguiente un solo y mismo Dios.

¹ Serm. 34. — ² De Trin.

EL DR. ¿Existen acaso pruebas incóncusas de este dogma, tal cual acabais de exponerle?

EL TEÓL. Sí, pruebas inconcusas. El Antiguo Testamento demuestra en muchos puntos que en Dios existe pluralidad de personas; por ejemplo: *Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra¹. Ved ahí á Adán que se ha hecho como uno de nosotros². El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra³. A mí me dijo el Señor: Tú eres mi hijo: Yo te engendré hoy⁴. El espíritu del Señor llena el mundo universo⁵. Enviarás tu espíritu, y serán criados⁶. Bendigamos á Dios, el Dios nuestro, bendigamos á Dios⁷. Por la palabra (el Verbo) del Señor se fundaron los cielos, y por el Espíritu de su boca se formó todo su concierto y belleza⁸. Sin embargo en ninguna parte se halla expresado mas claramente el dogma de las tres personas divinas que en el Nuevo Testamento; donde se leen estas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: *Id é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo⁹*. En este pasaje se ve manifestamente la trinidad de las personas y la unidad de la naturaleza, pues no podria decirse que el Hijo y el Espíritu Santo se hallan en la misma categoría y comparten la dignidad, el poder y la autoridad del Padre, si fueran simples criaturas. Y no se diga que estas son puras denominaciones sin realidad alguna, porque lo propio debiera decirse del Padre, que vemos designado en el texto como el Hijo y el Espíritu Santo. Además ¿cómo pueden explicarse las brillantes acciones atribuidas á estas dos Personas divinas, si se las considera como simples denominaciones? Si así fuera, no habria otro recurso que negar estas operaciones manifiestas, ó apelar á un simbolismo absurdo.*

Los Socinianos reconocen exclusivamente en el Hijo y en el Espíritu Santo operaciones exteriores de Dios para la santificación de los hombres; pero ¿cómo es posible que los Libros santos atribuyan operaciones á operaciones, y que las confundan con personas propiamente dichas? ¿Cómo es posible que el Hijo, operacion exterior de Dios, exprese la igualdad y la unidad de naturaleza con el Padre por estas palabras tan evidentes: *Mi Padre y Yo somos una misma cosa¹⁰*? San Pablo dice del Cristo, que teniendo la forma y la naturaleza de Dios, *no fue por usurpacion, sino por esencia el ser igual á Dios¹¹*; pero si no tomamos estas palabras en su sentido natural, tampoco tendrémos en la Escritura ningun testimonio en favor de este misterio,

¹ Gen. I. — ² Ibid. III. — ³ Ps. CIX. — ⁴ Ps. II. — ⁵ Sap. I. — ⁶ Ps. CIII. — ⁷ Ps. LXVI. — ⁸ Ps. XXXII. — ⁹ Matth. XXVIII. — ¹⁰ Joann. X. — ¹¹ Philip. II.

puesto que en parte alguna se halla expresado con mas exactitud. Por tanto tendrèmos que confesar que nuestros Libros santos aluden à este dogma, sin indicarlo con claridad; mas esta interpretacion està desmentida por los Cristianos de todas las comuniones, que siempre han reconocido este dogma sagrado en nuestras Escrituras, mostrándole con confianza à los Arrianos, à los Macedonianos, à los partidarios de Sabellio y à los mismos Socinianos. No ignorais que Calvino profesaba en este punto una conviccion absoluta, hasta el extremo de condenar à las llamas à los desgraciados que eran de contrario parecer.

Entre los otros tèxto del Nuevo Testamento que prueban la existencia de la Trinidad, me contraigo à citar los siguientes: *Mi Padre y Yo somos una misma cosa*¹. *Cuando viniere el Consolador, el Espiritu de verdad que procede del Padre, y que Yo os enviaré de parte de mi Padre*²; y san Pablo, hablando del mismo espíritu, escribia à los corintios: *El Espiritu de Dios todas las cosas penetra, aun las mas intimas de Dios*³. *Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espiritu Santo; y estos tres son una misma cosa*⁴. Por lo que hace à las tradiciones relativas à este dogma de fe, si examinamos en la Iglesia de Jesucristo la forma de los Sacramentos, su sagrada liturgia, la práctica de la señal de la cruz que data de los tiempos apostólicos, y la tan conocida doxologia: gloria al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo; si consultamos à los Doctores, à los Concilios y todos los símbolos cristianos, donde se halla la tradicion evidente y fiel de este misterio cristiano; si nos dirigimos à los herejes del Oriente, à los cismáticos griegos, à los luteranos, à los calvinistas y à los anglicanos, no podrèmos menos de reconocer y venerar el misterio de la adorable Trinidad.

EL DR. Sin embargo no han faltado cristianos que negasen este misterio, y acaso los hay todavia que lo rechazan.

EL TEÓL. Teneis razon: los Arrianos negaron que el Verbo fuese consustancial al Padre, y los Macedonianos rechazaron la divinidad del Espiritu Santo; mas estas negaciones no eran inocentes ni tolerables, puesto que en la historia del concilio de Nicea hallamos definida la consustancialidad del Hijo con el Padre (es decir, la unidad de naturaleza con el Padre), al paso que en el primer concilio de Constantinopla se proclamó tambien la divinidad del Espiritu Santo, declarando: Que era preciso adorarle y glorificarle con el Padre y con el Hijo. Además en estos dos Concilios quedaron anatematizados los

¹ Joann. x. — ² Ibid. xv. — ³ I Corinth. ii, 10. — ⁴ I Joann. v, 7.

autores y partidarios de aquellas herejias. Verdad es que los Unitarios de nuestros dias, à quienes aludís, niegan todos los misterios sin distincion ni exámen; pero por este solo hecho se deja ver que sus negaciones no tienen importancia ninguna, ni merecen la honra de que se les opongá una sola cita; no debiendo tampoco omitirse que este error no es invencion suya, puesto que lo vemos refutado y condenado muchas veces en los partidarios de Sabellio.

Vamos à entrar en las dificiles cuestiones que en lenguaje teológico se designan con estas palabras: *procesiones, misiones y circumcesion* de las Personas divinas. No deben maravillaros estos términos de la escuela, pues pronto sabréis lo que significan, y observaréis la grande exactitud con que incluyen las explicaciones en que vamos à entrar. Comencemos por las *procesiones*. Este término, derivado del latin *procedere*, indica en general que el uno emana del otro: *emanatio unius ab alio*, de la misma manera que un hijo procede ó emana de su padre. Dos procesiones reconocen los teólogos: la una es interna é inmanente, y la otra exterior: en la primera el término está incluido en su principio, mas en la segunda se produce exteriormente. Para citar un ejemplo de la procesion inmanente podemos considerar los pensamientos de nuestra alma, que quedan en el alma misma; mas para comprenderla basta decir que el hijo es producido por el padre, pues en esta procesion el término está separado de su principio.

Vamos à ver la aplicacion que de estas procesiones se hace en la Santisima Trinidad. El Hijo procede del Padre, segun estas palabras del Salvador: *Yo naci de Dios; sali del Padre y vine al mundo*¹. Y como demuestran además estos términos del símbolo de Nicea: «Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios.» La procesion del Hijo se verifica por generacion, segun acreditan estas palabras: *Tú eres mi Hijo; yo te engendré hoy*². *El Hijo unigénito, existente ab aeterno en el seno del Padre*³; mas esta generacion debe ser inmanente, puesto que el Hijo se encierra en el mismo principio, segun estas expresiones del mismo Evangelio: *El Verbo estaba en Dios*⁴. *Mi Padre y Yo somos una misma cosa*⁵. ¿Cómo no creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí⁶? Como tú, ó Padre, estás en mí, y yo en tí⁷. En cuanto à la procesion del Espiritu Santo, los Libros santos manifiestan que emana del Padre y del Hijo, puesto que leemos en san Juan: *Cuando viniere el Consolador, el Espiritu de ver-*

¹ Joann. xvi. — ² Ps. ii. — ³ Joann. i, 18. — ⁴ Ibid. i. — ⁵ Ibid. x, 30. — ⁶ Ibid. xiv, 11. — ⁷ Ibid. xvii, 21.

*dad que procede del Padre*¹; pero tambien procede del Hijo, como que san Pablo escribia á los gálatas: *Envio Dios á vuestros corazones el espiritu de su Hijo*².

En las actas de los Apóstoles se dice: *Tampoco se lo permitió el espiritu de Jesucristo*³; y san Agustin explicaba estas palabras preguntando: «¿Por qué no hemos de creer que el Espíritu Santo procede «tambien del Hijo, pues tambien es el Espíritu del Hijo?» *Todo lo que tiene el Padre es mio*, dice el divino Salvador, y por consiguiente la espiracion activa por cuyo medio el Padre produce al Espíritu Santo⁴.

Nadie duda que esta procesion del Espíritu Santo es inmanente, supuesto que es el Espíritu del Padre y del Hijo, de quienes procede como de un solo principio. La generacion del Hijo es única, y por esto se hace por un modo diferente la procesion del Espíritu Santo, conservando el nombre de procesion, que es lo que con tanta claridad manifiesta el símbolo de san Atanasio: «El Espíritu Santo no es «hecho, creado ó engendrado, sino procedente del Padre y del Hijo.»

Las procesiones divinas pueden exponerse con mas claridad en estos términos: El Hijo viene del Padre por generacion, y el Espíritu Santo deriva del Padre y del Hijo por procesion. El Hijo y el Espíritu Santo son coeternos al Padre, Dios como el Padre y con el Padre; y por consiguiente esta generacion y procesion son tambien eternas, necesarias y pertenecientes á la misma esencia de la naturaleza divina, al paso que las operaciones exteriores, como lo es la creacion, son actos libres de parte de Dios. No debo pasar en silencio una diferencia muy importante entre las personas divinas y las humanas. En las personas humanas la distincion de sustancia es inherente á la idea de persona, de suerte que Pedro es una persona diferente de Pablo, no solo por diversidad de sustancia, sino tambien por individualidad y por propiedad de accion; pero la esencia de Dios no es susceptible de distincion alguna, puesto que es una é indivisible, aunque comun al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. ¿De dónde tomamos pues la idea y el conocimiento de personas en la naturaleza divina? De las relaciones incomunicables que hay en Dios, segun nos consta por la Escritura y por las tradiciones. Estas relaciones consisten en la paternidad, que es propia del Padre, en la filiacion, que pertenece al Hijo, y la espiracion pasiva, que es propia del Espíritu Santo, y que tiene por principio la espiracion activa, comun al Padre y al Hijo.

¹ Joann. xv, 26. — ² Galat. iv. — ³ Act. xvi. — ⁴ De Trin. — ⁵ Joann. xvi.

Necesariamente reconoceréis en estas relaciones cierta conformidad de origen ó de procesion entre las personas divinas. Así la paternidad es la relacion del Padre con el Hijo, á quien engendra; la filiacion es la relacion por la cual el Hijo es engendrado por el Padre; la espiracion activa del Padre y del Hijo expresa la relacion que tienen con el Espíritu Santo, de quien son el comun principio; y por último la espiracion pasiva del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es la relacion que tiene con estas dos Personas. De estas relaciones nace esencialmente la distincion de las personas divinas, segun el célebre axioma de los teólogos: *Todo es uno en Dios, en aquellas cosas en que no hay contrariedad de relacion fundada en un origen ó procesion real*. Por ejemplo: en Dios todos los atributos absolutos son uno, puesto que no tienen ninguna relacion de origen, es decir, que no proceden unos de otros; pero en las personas divinas hay verdaderas procesiones, relaciones de origen, y por consiguiente distinciones reales. Por estas relaciones podemos comprender tambien la diferencia que hay entre las personas de la Santísima Trinidad y las personas humanas: así tomando por ejemplo un padre y un hijo entre los hombres, observaremos que son distintos, no solamente por la relacion de padre á hijo y de hijo á padre, es decir, por su origen, sino tambien por la diversidad numérica de sustancia; mas en Dios las personas tienen una sola y misma naturaleza, distinguiéndose únicamente por las relaciones de origen ó de procesion.

EL DR. ¿Me permitiréis que en estas materias difíciles aventure una observacion? Las personas procedentes no reúnen tantas perfecciones en mi concepto como las personas de quienes proceden; y luego ¿por ventura no decís que á veces estas mismas personas son enviadas? ¿Acaso no hay en esta circunstancia una prueba de inferioridad y de dependencia?

EL TEÓL. En las criaturas así sucede, porque la circunstancia de ser engendrado ó de proceder arguye cierta calidad inferior; mas en Dios no sucede lo propio. Las dos personas procedentes tienen la naturaleza divina, son Dios, y por consiguiente la perfeccion misma, sin que tampoco supongan las procesiones divinas una dependencia propiamente dicha, porque dichas personas proceden necesaria y constantemente, teniendo la misma naturaleza y las mismas perfecciones que el Padre. Verdad es que el Padre es principio sin principio, es decir, que no procede de otra persona; pero de este hecho no puede deducirse ninguna dependencia para el Hijo, ni dignidad superior para el Padre, porque la naturaleza del Hijo no es diferente ni produc-

to del Padre, de suerte que entrambos tienen esencialmente una sola y misma naturaleza, una sola y misma divinidad. Atendida la naturaleza de nuestra inteligencia, concebimos más dignidad en dar que en recibir, porque se da libremente; pero el Padre no da libremente, sino que engendra al Hijo en sí mismo y de un modo necesario. Tampoco hay una prueba de dependencia ni de inferioridad en las misiones de las personas divinas; cuestión que los teólogos explican de la manera siguiente:

Una misión es el hecho de enviar una persona divina á otras para producir un efecto temporal. Hay dos especies de misiones: la una es interior y espiritual, pero la otra es exterior y sensible; y no dejan de hallarse en los Libros santos los más claros testimonios de estas dos misiones. La primera se ve indicada en estas palabras de san Pablo á los galatas: *Envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo*¹... y en las siguientes á los romanos: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado*²; la misión sensible y exterior se manifiesta con evidencia en la redención de Jesucristo y en el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles el día de Pentecostes³.

EL DR. Pero ¿de dónde deriva esta misión? ¿De qué voluntad?

EL TEÓL. Esperad un poco, y permitidme que concluya la explicación de estas misiones divinas. Las personas de la Trinidad no pueden ser enviadas á un sitio de donde se hallen ausentes, porque la inmensidad de su naturaleza las hace presentes en todos los lugares; mas esto no quiere decir sino que producen efectos nuevos en los puntos en donde ya existían. Por tanto el Verbo divino estaba ya en el seno de la Virgen María antes de su unión hipostática con la naturaleza humana, y antes de mostrarse unido á su santa humanidad llenaba ya el mundo con su inmensidad. Lo propio debe decirse de la presencia del Espíritu Santo en nuestras almas, pues en ellas existía ya real y verdaderamente antes del tiempo en que se dice enviado para comunicarnos sus dones y santificarnos; de manera que las personas enviadas no son inferiores en ciencia ni en inmensidad á las que las envían.

Preguntáis sin embargo el origen y la voluntad de donde procede esta misión. Las misiones siguen el orden de las procesiones: así no se dice en ninguna parte que el Padre haya sido enviado, puesto que no procede de otra persona. El Hijo tampoco recibe misión alguna del Espíritu Santo, sino solamente del Padre, como que del Padre

¹ Galat. iv. — ² Rom. v. — ³ Act. ii.

procede únicamente, y en el Evangelio de San Juan nos dice: *Así como el Padre que me ha enviado, vive*¹... *No soy yo solo el que da testimonio, sino yo y el Padre que me ha enviado*². El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y por esto le vemos enviado por estas dos Personas divinas: *El Espíritu Santo que mi Padre enviará*³ *y os enviaré*⁴; de suerte que estas misiones se verifican con arreglo al orden de procesión, sin la menor dependencia de las personas enviadas. Así lo dice muy explícitamente san Agustín con estas palabras: «El Hijo debía ser enviado por el Padre, mas no el Padre por el Hijo; aunque esta circunstancia no indica desigualdad alguna en la sustancia, sino tan solo en el orden de la naturaleza.» (*Contra Max.*).

Con respecto á la voluntad de donde proceden estas misiones, ciertamente reconocemos una que obra con libertad, mas no por necesidad de naturaleza, como en las procesiones esenciales é inmanentes en Dios. Replicaréis acaso que el Padre manda por consiguiente al Hijo, y que el Padre y el Hijo dan órdenes al Espíritu Santo, ó por lo menos una insinuación, un consejo ó una recomendación; pero todas estas suposiciones humanas son falsas, porque en Dios hay una sola voluntad, que es común á las tres personas: de manera que las misiones proceden de esta única voluntad. Además las personas divinas son inseparables, pues en ellas hay *circumcesion*, *inexistencia*, según los griegos *περιχώρησις*, *ἑνυπαρξίς*, es decir, íntima existencia de las tres personas una en otra, no obstante su distinción, siendo esta la necesaria consecuencia de la unidad de esencia en la Trinidad. Con efecto, no siendo realmente distintas de la naturaleza divina, no pueden menos de hallarse con ella siempre y en todas partes; y existiendo esencialmente esta naturaleza en el Padre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo, las tres personas divinas no pueden menos de hallarse en cada una de ellas: así es que Jesucristo decía á sus discípulos: *¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí?... ¿Cómo no creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo á lo menos por las obras que yo hago*⁵. Lo mismo debe decirse del Espíritu Santo, que es consustancial al Padre y al Hijo; y por esto escribía san Basilio: El que recibe al Hijo recibe también al Padre y al Espíritu Santo, pues no es posible que esté separado del Padre el que existe siempre en el Padre, ni tampoco de su Espíritu, el que en el Espíritu lo hace todo⁶.

Participando, pues, de los mismos atributos absolutos, las tres per-

¹ Joann. vi. — ² Ibid. viii. — ³ Ibid. xiv. — ⁴ Ibid. xvi. — ⁵ Joann. xiv, 10, 11 et 12. — ⁶ S. Basil. Epist. 43.

sonas divinas contribuyen á las operaciones producidas fuera de su naturaleza. Verdad es que la operacion verificada por las tres personas suele atribuirse á una sola de ellas; mas esto se dice por apropiacion, no porque se la suponga una accion propia de esta sola persona: así se atribuye y se apropia al Espíritu Santo la santificacion de las almas, no porque no sea obra de las tres personas divinas, sino porque los dones santificantes son para nosotros un testimonio de la bondad y de la caridad divinas, siendo el Espíritu Santo la persona á quien los sagrados Libros llaman bondad y caridad de Dios.

EL DR. No comprendo con bastante claridad la diferencia que estableceis entre *apropiado* y *propio*.

EL TEÓL. Con solo comprender el valor de los términos quedan desvanecidas todas las dificultades. Llámase *propio* lo que pertenece á una sola persona de la Santísima Trinidad, y *apropiado* lo que pertenece á las tres: así hallaremos en la Trinidad ciertos nombres y calidades propias de cada persona, con nombres y calidades apropiadas á cada una de las personas divinas. Comencemos por las primeras calidades. Hay tres que caracterizan á las tres personas divinas, distinguiéndolas realmente entre sí, y son: la Paternidad, que es propia del Padre; la filiacion, que lo es del Hijo, y la espiracion pasiva del Espíritu Santo; pero si se alterase este orden, atribuyendo á una persona la calidad que no le fuese propia, quedaria destruida la distincion de las personas, y por consiguiente el dogma de la Santísima Trinidad.

Vamos á examinar algunas perfecciones que son comunes á las tres personas divinas, pero que se apropian á alguna de ellas. Al Padre se le apropian la creacion y la omnipotencia: la creacion porque siendo el Padre en la Trinidad el principio de las otras personas, es natural atribuirle esta calidad de principio con respecto á las criaturas; la omnipotencia, porque esta calidad se observa con evidencia en todas las obras de la creacion. La sabiduria y la virtud de Dios se apropian al Hijo como al término del conocimiento mas ilustrado y perfecto, puesto que el Hijo es engendrado por el Padre como término de su entendimiento. La bondad se atribuye al Espíritu Santo, por ser efecto de la caridad, lo que concuerda con el perfectísimo amor del Padre y del Hijo, de donde procede el Espíritu Santo.

EL DR. Me parece que comprendo muy bien ahora la diferencia que hay entre las calidades propias y las calidades apropiadas; pero quisiera que me la mostrárais en los nombres de las personas divinas.

EL TEÓL. La primera persona lleva los nombres propios de Padre,

de innascible ó improducible, como tambien el de principio sin principio. Los nombres propios de la segunda persona son los de Hijo, porque procede del Padre por generacion, y de Verbo, por haberlo engendrado por el intelecto del Padre, aunque tambien se le llama imágen perfecta del Padre segun estas palabras de san Pablo: *La imágen perfecta del Dios invisible*¹. Los nombres propios de la tercera persona son los siguientes: Espíritu, πνεῦμα, en griego, que significa viento ó sopro, porque lo produce la espiracion activa del Padre y del Hijo; amor ó caridad, por ser procedente del amor del Padre y del Hijo; finalmente don de Dios, ya porque el amor es el mas precioso de los dones, ya porque el Espíritu Santo procede del mas perfecto amor del Padre y del Hijo. Sin embargo no debe omitirse que las palabras Espíritu y amor se refieren tambien á la naturaleza divina, para manifestar la espiritualidad de Dios y el amor que profesa á las criaturas, porque Dios es Espíritu y caridad; y si á la palabra Espíritu acompaña la de Santo es por la santidad y pureza del amor del Padre y del Hijo, de donde procede el Espíritu llamado *Santo*.

Vamos á ver ahora cuales son los nombres apropiados á cada una de las personas divinas. Al Padre, por el hecho de ser principio sin principio, se le aplican los nombres de Criador, Omnipotente, y Padre nuestro; al Hijo se le llama Sabiduria y Virtud de Dios, y al Espíritu Santo se le apropian los nombres de Santificador, Vivificador, Paraclito ó Consolador, etc. Concluyamos con las exactísimas palabras del simbolo de san Atanasio, que serán como el resumen de esta larga conferencia: «La fe católica quiere que adoremos á un solo «Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad, sin confundir las «personas ni dividir la sustancia; porque la persona del Padre es una, «la del Hijo es otra, y otra la del Espíritu Santo; mas el Padre y el «Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, una gloria igual «y una majestad coeterna.»

CONFERENCIA IV.

ENCARNACION DEL VERBO.

EL DR. Habiendo procurado recogerme lo mas posible dentro de mí mismo para meditar en el objeto de nuestra última conferencia,

¹ Col. 1.